

Jaque mate en cinco movimientos

Uno

Una mujer ha sido llevada de urgencia a un hospital: está a punto de dar a luz. A él suelen acudir hombres y mujeres de existencia transida de pobreza y para quienes el solo pensar en alguna clínica privada sería ejercitar el absurdo. Este hospital es, pues, uno de los que en el país dependen directamente del Ministerio de Salud, organismo que corresponde al gobierno central y está a cargo de un ministro de Estado, nombrado bajo juramento por el presidente de la república, de cuya confianza goza.

A diferencia de muchos otros mandatarios que han gobernado el país, el actual presidente de la república fue elegido por la ciudadanía en una forma de votación que se describe como «directa, universal y secreta». Se ha dicho y se sigue diciendo que elegir al gobernante de una nación y hacerlo mediante ese procedimiento constituyen la esencia de un sistema que

se nombra democracia. Estamos, pues, en una democracia, esto es «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Y esta mujer, que ahora está siendo conducida a la sala de maternidad de este hospital, lo cree porque así lo dijeron y aún lo dicen la escuela y los primeros libros y así lo repiten de manera incesante y con gran solemnidad los grandes medios de comunicación.

Dos

Por tanto, repitamos lo que los personajes más connotados suelen decir de la democracia, y hagámoslo con nuestra mejor intención, pues la suya está cargada de sospechas: que la democracia es el mejor sistema del mundo. Y se afirma que lo es porque se supone que garantiza aquel bien supremo que condensa todos los otros bienes que requiere el hombre: el derecho a la vida, que debe entenderse como el derecho del hombre no sólo a que nadie le arrebatase la vida mediante un acto violento o de cualquier otra índole, sino también a que su vida biológica y espiritual se desenvuelva libre de carencias y humillaciones, es decir con dignidad.

Tres

Mientras esta mujer ingresa a la sala de maternidad, sumida en la soledad de su tenso dolor, todo hace su-

poner que la democracia ha impregnado el alma del ciudadano de confianza en el derecho a la vida y que debe de haber entronizado este derecho hasta el punto de haberlo hecho objeto de adoración como para que produzca éxtasis y apoteosis. Con el acto grandioso por inigualable que esta mujer está a punto de protagonizar, la democracia habrá de tener la memorable oportunidad de demostrar que es el sistema de gobierno más justo que la inteligencia humana ha podido concebir: en este caso, que ha dispuesto todo lo indispensable no sólo para que esta mujer y el hijo que habrá de venir no perezcan en el trance del alumbramiento ni por ningún factor controlable derivado de ello, sino además para que el alumbramiento no sea un acto humillante. En suma, la democracia podrá demostrar que respeta aquello que los hombres más connotados mencionan con tiesura y gravedad inigualables: la dignidad de la persona humana.

Cuatro

En la sala de maternidad la mujer ha sido puesta en una camilla torpe, inadmisibile, a punto de caerse a pedazos. Más aún: el cuerpo semidesnudo de esta pobre mujer ha quedado en contacto con la superficie dura, áspera y fría de la camilla. ¿Un lecho digno del trascendental y sobrecogedor acto de alumbramiento de un ser humano? Esto, que ya es una desgracia, crece cuando una enfermera, visiblemente aba-

tida por la vergüenza que no puede dejar de sentir ante carencias tan deplorables —esa vergüenza que los seres de corazón limpio se cargan encima por los males que sin conmiseración alguna otros infligen—, se desespera por subsanar de algún modo lo más elemental y acude entonces provista de unos papeles de periódicos que empieza a extender a guisa de sábana bajo el cuerpo de la infortunada mujer. No es necesario tener un dedo de frente para saber que no ha sido la enfermera quien con este inesperado sustituto ha hecho que la desgracia trasponga el límite y se sumerja en el ámbito de lo inaudito, donde los hechos no tienen nombre.

Poco después, con ayuda de un médico y de la enfermera y por cierto que con la valentía de la mujer, que no se abandona al dolor para no perder la vida que es la suya y la del fruto de sus entrañas, un niño viene a esta parte del mundo, a esta democracia que vive el país. Lo hace con el grito que dan al nacer todos los niños del mundo, aunque en el de este niño parece haber un matiz que estremece y que no se sabe si es de protesta o de terror.

Cinco

Ahora el niño debe ser envuelto en ropa blanca —suave, blanda, sin mácula— para ser llevado a la sala de lactantes. Y entonces, con esa quietud crispada que se asume cuando bien se sabe cuál es y a qué obedece

ese poder sombrío que es capaz de maltratar hasta a los seres más indefensos, el médico y la enfermera se quedan contemplando una amarga constatación: ropa blanca para este niño, ropa blanca para los recién nacidos no existe en el hospital. La democracia del país, el mundo libre que ella representa en esta parte del orbe, no la había previsto...

Y cerrándose el primer ciclo de hostilidades de esta democracia, el niño es llevado a la sala de lactantes envuelto en papeles de periódicos.